

Los grupos de apoyo a las familias con niños pequeños y el sistema formal

Nico van Oudenhoven*

Resumen

Esta ponencia gira en torno a las familias que viven en situaciones de alto riesgo y sus hijos que, sin un apoyo adicional, tienen grandes probabilidades de desperdiciar sus oportunidades en la vida. No se refiere a los niños que crecen en un entorno adecuado a su potencial innato.

La falsificación de los cuentos de hadas

La cancioncilla que reproducimos a continuación no procede de una película de terror, sino que la escuchamos en el campo de recreo de una guardería situada en Southend-on-Sea, en Inglaterra. La cantaban un pequeño grupo de niñas:

Mira, mira, mamá ¿qué es eso que parece mermelada de fresa? Calla, calla, hija mía, es papá, al que ha atropellado un tranvía

No es probable que esta sencilla canción procediera de alguno de los libros ilustrados que utilizan en la escuela. Tampoco es probable que llegue a ser incluida en uno de ellos. Aun en el caso de que los autores de libros de texto estuvieran interesados

en responder a la pregunta de "¿qué cosas interesan a los niños?", resulta dudoso que se apresuraran a presentar este texto sangriento y sádico a niños pequeños. El razonamiento para no hacerlo se centraría probablemente en la idea de que hay que proteger a niños de tan tierna edad, o en que sólo deberían recibir una información constructiva, o en que deberían respetar a sus padres.

Sin embargo, y tal como demuestra el ejemplo, los propios niños no tenían demasiado problema con el contenido de esta cancioncilla. Lo encontraban perfectamente normal. Era una forma de hacer frente a un aspecto determinado de la realidad: los padres mueren en accidente de tráfico y, cuando eso ocurre, presentan por lo general un aspecto horripilante. Así, pues, ¿a qué se debe la resistencia de los educadores a aceptar este enfoque como válido?

* Director de la Fundación Bernard van Leer, La Haya, Países Bajos.

En su libro *No se lo contéis a los mayores. Literatura infantil subversiva* (Lurie, 1990), Alison Lurie le echa la culpa directamente al sistema de educación formal. Afirma que las canciones, los cuentos y los juegos generados en las calles, en las cocinas o en torno al fuego de una chimenea se ven rápidamente "pasteurizados" por dicho sistema formal y presentados como productos oficialmente aceptables e "higienizados".

En sus investigaciones acerca de los cuentos populares y de hadas descubrió que la mayoría de ellos eran contados por mujeres. El personaje de la "Madre Oca" no tiene nada de casual. Ni tampoco la expresión de "cuentos de viejas". También demostró que la mayoría de esos cuentos son transmitidos oralmente por las mujeres, de generación en generación. Resulta bastante revelador que los principales personajes de esos cuentos sean también mujeres. Por lo general, esas mujeres se muestran osadas, llenas de recursos y dotadas de poderes sobrenaturales. Están a favor de las causas justas, apoyan a los niños y a los pobres, y engañan con su inteligencia el *establishment*. Con frecuencia, los héroes son los pobres, mientras que los ricos son presentados como seres inútiles, a los que no puede considerarse como fuente de inspiración.

Pero esos cuentos no son para personas pusilánimes. En ellos se suele abandonar a los niños. El sufrimiento, la codicia, el odio y la muerte son ingredientes bastante comunes. Pero en ellos hay también lugar para el humor, la solidaridad, el amor y el sexo explícito. Podría decirse que incluyen los materiales de los que está hecha la vida real.

Lurie afirma, además, que cuando esos cuentos se elevan al nivel de la palabra escrita y se convierten en parte de la cultura oficialmente reconocida, como ha ocurrido, por ejemplo, a través de la obra de los hermanos Grimm, cambian de forma considerable. Se les intenta adecuar para los niños: en todas las versiones actuales del cuento, "Caperucita Roja" termina ilesa y feliz, mientras que en el relato original era devorada sin más por el lobo.

Resulta todavía más sorprendente y desconcertante que los papeles heroicos de las mujeres sean asumidos por los hombres. En vez de actuar directamente, las mujeres adoptan papeles pasivos, esperando a ser rescatadas y salvadas por los hombres.

Los cuentos de hadas actualmente al alcance de los niños y de la población en general, los relatos que se les leen en las escuelas, que se compran en las librerías o se muestran en la televisión, ofrecen una imagen del mundo tal como le gustaría que fuera a ese sistema formal: los niños son receptores ingenuos e ignorantes de conocimientos. Las mujeres desempeñan papeles sólo secundarios y los hombres son los que "cortan el bacalao".

Esta visión apenas tiene relación con el espíritu y la realidad que caracteriza a los cuentos de hadas transmitidos oralmente. Es una visión distorsionada y que, a su vez, distorsiona la forma en que debería verse a los niños y a sus familias.

Inadecuación del sistema formal

El tema principal de esta ponencia es el de

la falta de una respuesta adecuada por parte del sistema formal a la situación de los niños pobres o en condiciones de inferioridad y sus familias. Se afirma que no se trata de una casualidad, sino de una cualidad inherente que se extiende a numerosos aspectos de la infancia y de la vida familiar, y no sólo a los cuentos de hadas. A lo largo de esta ponencia demostraremos que esos sistemas formales deberían cambiar drásticamente tanto su actitud institucional como su forma de operar, sobre todo si desean contribuir de forma significativa a mejorar la situación de los niños y de las familias que no están totalmente integrados en esos sistemas o que, como se suele decir, se ven "marginados". Se expondrá la idea de que los sistemas formales deberían dar respuestas, facilitar o capacitar y no dirigir, imponer o modelar. Las familias, los grupos de familias y las comunidades deberían tener la oportunidad de hablar con su propia voz y encontrar respuestas a sus propias necesidades y limitaciones, así como a ejercer control sobre esas respuestas.

El abismo que con frecuencia separa al Gobierno y las familias o las organizaciones de base, no debería salvarse intentando que los gobiernos hagan llegar sus servicios hasta los hogares de las familias o los locales de dichas organizaciones. En lugar de ello podrían actuar como intermediarias otras organizaciones no gubernamentales (ONG) de diversas orientaciones y tendencias.

En todo ese proceso se debería evaluar el papel de los niños. También a ellos se les debería considerar como protagonistas activos, experimentadores y creativos de

sus propias vidas, a los que merece prestar oídos.

Los niños como discípulos auto-motivados

Quizá uno de los "descubrimientos" más importantes realizados en el campo de la psicología infantil durante la última década es el de que los niños participan activamente en su propio desarrollo desde el mismo momento de su nacimiento y probablemente incluso antes. Los niños de sólo diez días de edad son ya capaces de indicar expresiones faciales y, de ese modo, de modelar el comportamiento de los que cuidan de ellos. Un sencillo experimento llevado a cabo por Brazelton demuestra hasta qué punto es fuerte el dominio que ejercen los niños sobre sus padres. En la llamada situación de "cara expresiva" se les pide a los padres que mantengan los rostros inmóviles cuando miran a sus hijos de dos semanas de edad durante unos cuantos minutos. Al no esperar que eso ocurra, los niños se muestran cada vez más incómodos. Resulta todavía más revelador el hecho de que un número considerable de padres no fueran capaces de mantener sus rostros inmóviles durante el tiempo exigido: sucumbieron a la presión de sus hijos.

También, aunque a un nivel más sutil, los niños manifiestan el control que ejercen sobre su entorno: existen bastantes pruebas que demuestran que las madres que dan el pecho a sus hijos cuando éstos lo exigen no quedan embarazadas mientras sigan haciéndolo, a diferencia de lo que ocurre con las madres que dan el pecho a sus hijos de acuerdo con un horario fijo. Al

parecer, el primer grupo de niños hacen que sus madres segreguen una hormona que impide la fertilización. Actuando de ese modo, esos niños promueven de hecho una mayor separación o espacio entre embarazo y embarazo, proceso que contribuye a aumentar sus posibilidades de vida (Garfiel, 1986).

Según los niños van creciendo, va aumentando también esa capacidad de "aprendizaje autoinducido" y, con ella, la calidad de las señales que emiten. La experiencia con las llamadas "líneas telefónicas infantiles" demuestra, por ejemplo, hasta qué punto los niños son capaces de analizar situaciones complejas y relativamente adultas, así como de ofrecer soluciones (Cytrybaum, 1987).

Sin embargo, el tomarse a los niños en serio dista mucho de ser una práctica habitual. La mayoría de las cuestiones se deciden sin consultarles ni tenerles en cuenta, muchas veces sin ni tan siquiera poseer los suficientes conocimientos sobre ellas.

No siempre resulta fácil responder a las señales que emiten los niños, sobre todo cuando viven en situaciones caracterizadas por la dificultad y la dureza. Esto resulta, por ejemplo, evidente en el caso de los niños que padecen desnutrición. En lugar de protestar o de intentar por algún otro procedimiento llamar la atención que merecen, hacen todo cuanto pueden por conservar su energía. Permanecen sentados silenciosamente en un rincón, no alteran la clase y en la mayoría de los casos se les describe como niños "apacibles" y "tranquilos". En estos casos habrá que introducir medios artificiales, tales como los "grá-

ficos de crecimiento", o dispositivos psicológicos más profundos, para poder responder de forma significativa a las necesidades no expresadas de esos niños. Es precisamente en esta clase de situaciones en las que los niños no pueden evolucionar como deberían, y en las que su propio sentido de dirección se ve obstaculizado, donde más hace falta aplicar una investigación psicológica y educativa. Esa investigación debería proporcionar el tipo de información que el niño ha dejado de generar.

Gamble y Zigler (1986) ofrecen algunas claves sobre lo que desde un punto de vista psicológico les puede ocurrir a los niños que se han visto expuestos a dificultades y durezas excesivas. Argumentan que de todos los subsistemas que los niños utilizan para su funcionamiento social, emocional e intelectual, la inteligencia es el más resistente al impacto ambiental. Las capacidades cognoscitivas de los niños tienen grandes probabilidades de permanecer intactas aun en los casos en los que la situación resulte muy dura para ellos durante un prolongado período. Sin embargo, la personalidad, las motivaciones y las actitudes resultan mucho más fáciles de influir o corromper. Los niños que han sufrido mucho pueden perder la esperanza, la curiosidad, su confianza en los adultos o unos en otros. Estos subsistemas son quizá incluso más importantes que la inteligencia, ya que determinan la autoestima y la confianza del niño en sí mismo. Tampoco es probable que confíen en sus propios instintos los niños que tengan unas imágenes deterioradas de sí mismos.

Parece correcto afirmar que, en circuns-

tancias normales (que, por desgracia, son todavía infrecuentes en el caso de muchos de ellos), los niños salen adelante bastante bien, al margen de los rasgos específicos del entorno que les rodea.

Esto puede sonar casi como una herejía, sobre todo teniendo en cuenta los esfuerzos y recursos que se destinan a crear entornos específicos para los niños. En lo que se refiere a los jardines de infancia o las guarderías, Osbor y Milbrank (1987) afirman lo siguiente:

Esto conduce a una conclusión sumamente importante: la de que, siempre que el niño reciba la asistencia y cuidados adecuados, cuente con actividades interesantes y otros niños con los que jugar (elementos comunes a la mayoría de las instituciones preescolares) el tipo real de pre-escuela o guardería apenas importa.

La implicación práctica más inmediata de esta afirmación parece ser la de que, sobre todo en lo que se refiere a los niños en situaciones de "riesgo", los esfuerzos deberían encaminarse a normalizar las condiciones; es decir, a asegurarse de que los niños se sientan seguros, reciban la asistencia sanitaria adecuada, sean bien alimentados, puedan jugar y relacionarse con otros niños y adultos. Y ¡también necesitan algo de cariño! Dentro de este marco general son posibles todo tipo de medidas, lo que puede contribuir a explicar por qué hay de hecho tantas formas o modalidades de asistencia y educación infantiles razonablemente eficaces. Sin embargo, resulta difícil explicar por qué tantos y tantos niños no disfrutaban todavía de cosas tan sencillas y elementales como éstas.

Desde un punto de vista conceptual, no se trata de algo imposible o ni tan siquiera difícil de conseguir. No obstante, en la práctica, parecen estar fuera de nuestro alcance.

Los padres deberían ser educadores competentes

Así como los niños están perfectamente capacitados para emitir señales a sus padres indicándoles lo que necesitan, la mayoría de los padres están dotados de los mecanismos necesarios para captar esas señales, reaccionar de la forma adecuada y desarrollar una relación mutua con ellos, siendo al mismo tiempo protagonistas y antagonistas. Están también bastante capacitados para encontrar los recursos y facilidades que necesitan sus hijos. Pero, como les ocurre también a los niños, dejan de funcionar adecuadamente cuando el entorno que les rodea les somete a presiones excesivas o fuera de lo normal. En un análisis de investigaciones recientes sobre experiencias tempranas de carácter adverso o negativo, y factores protectores y de riesgo, Richter (1990) llegó a la conclusión de que es vital para el desarrollo del niño que cuando se encuentre en alguna situación difícil o comprometida, sus padres sean capaces de reaccionar ante ella. Los padres (léase "madres", en la mayoría de los casos) que se sienten emocionalmente deprimidos, tienen la moral baja, viven en condiciones de estrés o tensión y carecen de apoyo social, tendrán grandes dificultades para reconfortar y consolar a sus hijos. Si damos por válida esta conclusión, y existen numerosas pruebas o evidencias adicionales que parecen confirmarla, las intervenciones destinadas a ayudar a fa-

vorecer a los niños tendrán que centrarse tanto en las necesidades de sus padres como en las de ellos mismos. Enseñar a los padres en situaciones angustiosas o de graves dificultades a relacionarse con sus hijos no debería considerarse tan prioritario como se debe considerar hoy en día. La transmisión de tales habilidades o capacidades a esos padres sólo tiene sentido si les ayuda a aumentar su confianza en sí mismos.

Si las necesidades de los padres son fundamentalmente de carácter económico, se deberán abordar lo antes posible. El ignorarlas no sólo resultaría ineficaz, sino también cruel. Si las madres se sienten incompetentes, menospreciadas y abandonadas, se deberá reconocer la existencia de esos sentimientos. Un experimento llevado a cabo en una sala familiar de una guardería situada en una barriada deprimida de Aberdeen, Escocia, lo ilustra a la perfección. En este caso, un grupo de madres había conseguido imponerse hasta el punto de que se les había concedido una zona dentro de la escuela para poder reunirse regularmente mientras sus hijos asistían a clase. Muy pronto se descubrió que, gracias a ello, las madres habían experimentado una evolución espectacular en su desarrollo o crecimiento personal y que las discusiones sobre "los temas de la vida" constituían para ellas las razones más importantes para seguir reuniéndose. Resulta interesante observar, también para la discusión o debate que vendrá a continuación, que los profesores del centro no se mostraron demasiado contentos con esa situación y expresaron sus deseos de que las madres hablaran sobre el desarrollo o evolución de sus hijos (Alexander,

1990). Pero si se satisface, como es debido, las necesidades de los padres, es probable que los hijos se beneficien también de ello, casi como una consecuencia lógica y natural, fenómeno que pudo observarse también en el caso de Aberdeen.

Otro ejemplo de gran importancia anecdótica es el que citamos a continuación, y que se refiere a la India. Según Khullar, en dicho país las familias pobres suelen constituir grupos nucleares, mientras que la familia tradicional o "ampliada" existe desde hace muchos años sólo entre los sectores más acomodados o económicamente mejor situados de la población. El tiempo dedicado por las madres a sus hijos, en las aldeas más pobres de Uttar Pradesh, no llega a una hora al día. Sin embargo, en las aldeas "más avanzadas" las madres les dedican el doble de tiempo (Khullar, 1991). La conclusión abrumadora que se extrae de este ejemplo es la de que, si pudieran, la mayoría de los padres pobres o en condiciones de inferioridad harían mucho más por sus hijos.

Las observaciones anteriores no pretenden decir que, una vez que se han satisfecho sus necesidades básicas, los padres conozcan de forma innata o natural todas las respuestas a los problemas de sus hijos pequeños. Eso resulta más bien improbable, sobre todo en el caso de los padres cuya situación personal o familiar haya cambiado rápidamente. Cambios tales como los movimientos migratorios, la ruptura de las estructuras de la familia "ampliada", el proceso de urbanización, el paso desde la familia tradicional a la familia monoparental o la familia con varios padres o madres, puede hacer que deter-

minadas habilidades o capacidades resulten obsoletas y exigir otras totalmente nuevas. Enfrentados a esos desafíos, los padres podrían actuar de forma activa y creativa, sobre todo cuando puedan unirse a otros en circunstancias similares y crear grupos de apoyo mutuo. Si se unen, serán también capaces de obtener la ayuda profesional que necesitan, y que no son capaces de generar ellos mismos.

Si los padres (léase una vez más, casi siempre, aunque no exclusivamente, las madres) consiguen crear esos grupos o convertirse en miembros de grupos ya existentes, se ampliarán inmediatamente los horizontes y alcanzarán una nueva perspectiva tanto de sus propias vidas como de las de sus hijos (van Oudenhoven, 1989).

Grupos de apoyo: recursos combinados

La formación de grupos y la auto-organización se consideran cada vez más como las condiciones básicas para el desarrollo y también como sus principales objetivos. Si se consigue que la gente se una para compartir sus problemas y experiencias, se habrá dado el paso más importante para la resolución de esos problemas.

Los grupos de apoyo social, de autoayuda, de base u otros grupos informales creados por personas que se enfrentan a situaciones similares pueden ofrecer a sus miembros apoyo moral o emocional, información y ayuda fáctica o instrumental. Su umbral de acceso es bajo al enfoque multidisciplinar y aplicable a cada contexto local. Las aportaciones y la participación de los miembros son con frecuencia elevadas. Los grupos de apoyo responden a las

necesidades inmediatas de las personas y, por lo general, se considera importante y significativa la interacción entre los miembros. En el seno de esos grupos se desdibujan o desaparecen las diferencias o fronteras que separan a las personas. En un grupo como esos resulta muchas veces difícil indicar quién es el profesional, el voluntario, el asistente o la persona en situación de necesidad aguda. Sus papeles cambian, se solapan o pueden invertirse.

Los grupos de apoyo giran en torno a los problemas y los resultados, sin centrarse en los defectos o debilidades de sus miembros, y evitando en todos los casos los juicios de valor.

Abundan los textos que hablan de los grupos de apoyo: contribuyen a reducir el estrés y la ansiedad, promueven la salud tanto física como mental, disminuyen la estigmatización social y elevan los sentimientos de autoestima, confianza en uno mismo, competencia social, autonomía personal o capacidad de actuar (para un análisis global, véase, por ejemplo: Albrecht y Adelman, 1987; Gottlieb, 1988; Weiss, 1989).

Pero, como cabía esperar, son nuevamente las familias pobres o "fracasadas" las que no pueden conseguir este tipo de ayuda o apoyo. En primer lugar, su grado de cohesión interna es con frecuencia bajo, están deficientemente organizadas, les resulta difícil colaborar con otros si no pertenecen a grupos significativos de apoyo. En la mayoría de los casos están aisladas y dependen de sus propios recursos. Hace ya más de dos décadas que

Lewis (1966) declaró que la pobreza y la creación y formación de grupos eran incompatibles. Esta afirmación podía interpretarse de dos maneras: la pobreza acentuada puede destruir los grupos sociales, pero también los grupos de apoyo pueden reducir la pobreza. Se dispone de pruebas suficientes para demostrar que se producen ambos procesos, lo que, a su vez, ofrece un razonamiento bastante sólido para permitir a las personas formar o crear grupos de apoyo.

Parece correcto afirmar que el elemento común de la mayoría de los programas o proyectos de éxito para niños y familias en condiciones de inferioridad consiste en que, de una forma u otra, los padres y madres pueden reunirse y hablar sobre las cosas que les afectan e importan. El éxito del proyecto está casi siempre relacionado con la presencia de grupos de apoyo social o de importantes redes sociales (véase, por ejemplo: El Programa Actual, Fundación Bernard van Leer, 1991).

Los grupos de padres y otros grupos locales están en mejor situación que las organizaciones gubernamentales para localizar a los pobres "invisibles" y relacionarse de forma significativa con ellos, o para incorporarlos a su trabajo de grupo.

Los grupos de apoyo social pueden ser creados por organismos o departamentos externos. También pueden verse reforzados (con frecuencia, temporalmente) por profesionales o voluntarios que hayan recibido una formación especial, madres, o los llamados "para-profesionales". Aunque la formación de un grupo es, y lo será siempre, un proceso delicado, en el mo-

mento actual se dispone de experiencias suficientes y adecuadas en que basarse.

Esto resulta especialmente aplicable en los casos en los que "el banderín de enganche o punto de reclutamiento" coincide con los valores y necesidades de los miembros en potencia del grupo. La experiencia ha demostrado una y otra vez que la exigencia de una buena asistencia y educación para el niño pequeño termina, prácticamente, siempre ocupando uno de los primeros puestos en la lista de prioridades de las familias y comunidades en condiciones de inferioridad (van Oudenhoven, 1989). En consecuencia, el unir a los padres en torno a sus propios hijos constituye en la mayoría de las situaciones una solución legítima y, como demuestra la experiencia, una práctica bastante común y extendida.

Otro punto clave es el de que los agentes externos deberían estar dispuestos a "escuchar respetuosamente lo que tiene que decir la población objeto del experimento" y mostrarse dispuestos a verlos y tratarlos en pie de igualdad, sin intentar imponerles su propio programa (véase, por ejemplo, Brickman y otros, 1982).

Los grupos organizados y dirigidos por los padres resultan de hecho sumamente prometedores: resultan eficaces, pueden conducir fácilmente a otras formas de acción social y su coste es bastante bajo. Además, pueden "ofrecer una variedad de alternativas mucho mayor de lo que pueda imaginarse cualquier profesional" (Kool, 1991). No es arriesgado decir que, con ellos, la suerte o destino de los niños está en buenas manos.

Entre las organizaciones de base y el Gobierno

Si no están supervisados o controlados por los estatutos de instituciones gubernamentales, los grupos de autoayuda resultan al mismo tiempo firmes y flexibles. Si exceptuamos los regímenes extremadamente represivos, pueden florecer en prácticamente cualquier circunstancia, al margen de las condiciones políticas, geográficas, culturales o económicas. El grado de calidad de esos grupos parece estar determinado por la presencia de una organización abierta y democrática (incluyendo la gestión económica), así como el enraizamiento del grupo en redes sociales, horizontales y verticales (Esman y Uphof, 1988).

Dada su independencia, creatividad y fuerza, esos grupos no encajan muchas veces en el molde institucional, y no se someten fácilmente a un departamento administrativo; pueden hacer que los profesionales se sientan inútiles y perseguir sus propias prioridades. El sistema formal puede considerar todo esto como un suelo fértil para la colaboración y como una invitación para repensar sus propias medidas sobre la asistencia y la educación infantiles.

Antia (1986) ofrece una demostración espectacular de cómo el sistema formal acabó con una iniciativa de base que había tenido bastante éxito. La historia gira en torno a los aldeanos de la India que tomaron en sus propias manos las cuestiones sanitarias, siguiendo para ello los preceptos del enfoque de Asistencia Sanitaria Primaria Alma Ata. Los médicos que practicaban la medicina general se alarmaron

y, apoyados por el gobierno local, adoptaron medidas para restablecer su control. Un ejemplo mucho más positivo es de cómo el Ayuntamiento de Milán, en Italia, reaccionó ante nuevas iniciativas que escapaban a su control. En este caso, un grupo de profesores universitarios, junto con madres locales, creó una especie de centro de recepción abierto tanto para los niños como para sus madres (o abuelas) sin imponerles ningún requisito o condición para el "acceso": podían entrar y salir cuando quisieran. El resultado fue el de que se consiguió la participación tanto de los padres como de sus hijos, que de lo contrario se habrían quedado al margen, con notables avances o mejoras en sus vidas. El gobierno local aceptó con entusiasmo la filosofía y el enfoque del grupo, y reaccionó ofreciéndole el espacio que necesitaba y pagando los costes variables del personal y las instalaciones. El "modelo" se extiende actualmente por toda la ciudad de Milán (Bondioli y Mantovani, 1987). El Ayuntamiento podría haber bloqueado fácilmente la iniciativa insistiendo en que cumplieran las normas y regulaciones habituales: número de niños por cuidador, asistencia, nivel de capacitación profesional del personal, programa seguido, total de horas trabajadas. Esta lista de requisitos nos suena familiar y podría haberse ampliado fácilmente, de hecho, de forma totalmente justificada. Pero, en caso de haber actuado así, el intento habría sido abortado y estaría ya muerto. El Ayuntamiento de Milán demostró la inteligencia suficiente como para no interferir.

El abismo que separa a un pequeño grupo de mujeres y la gigantesca burocracia de la ciudad resulta al mismo tiempo amplio

y profundo. No obstante, ambos son o deberían ser parte del mismo tejido social. La relación funcional es, en esencia, una relación de interdependencia: todos los gobiernos dependen de su pueblo, y viceversa. La relación experimentada podría ser de dependencia extrema (tal como la sienten los grupos de apoyo). Durante aproximadamente los últimos diez años ha ido creciendo la idea de que no resulta factible que los gobiernos y los grupos de base se relacionen entre sí de forma directa. Tampoco resulta concebible que los gobiernos puedan llegar de hecho a los pobres (Chambers, 1988). La auténtica comunicación entre ambos sólo puede producirse a través de otros organismos u organizaciones intermediarias.

Verhagen (1987) ha elaborado, entre otros, algunas ideas útiles a este respecto. Utiliza el concepto de organizaciones de "auto-ayuda" (OAA) para describir los grupos de base y las "instituciones para la promoción de la auto-ayuda" (IPAA) para denominar organismos intermediarios. Verhagen postula que las organizaciones de auto-ayuda necesitan al sistema formal para poder sobrevivir. Se distancia así de la forma de pensar que argumenta que los grupos marginales deberían construirse una existencia al margen del sistema formal, o incluso intentar eliminarlo.

De ese modo se sitúa en la misma línea que el movimiento de educación popular, que tiene sus raíces en la labor comunitaria desarrollada en América Latina. Uno de los procesos más importantes en el seno de este movimiento es el de dotar a los grupos y redes de grupos de capacidad para negociar con el Gobierno acuerdos mejores para sí mismos.

Los grupos de base no tienen por qué trabajar aislados unos de otros. Podrían crear asociaciones. A las organizaciones de base que colaboren en una asociación les resultará más fácil trabajar con profesionales, organizaciones estatutarias, gobiernos locales u otros segmentos del *establishment*. Los representantes de esas asociaciones podrían reunirse entre sí, con los delegados de otras asociaciones, etc. A la larga podrían surgir grandes pirámides de grupos estrechamente relacionados entre sí, con una base constituida por dichos grupos y un vértice constituido por el "paraguas" de las organizaciones no gubernamentales o el Gobierno. La naturaleza o el carácter de los miembros y el estilo organizativo irían cambiando gradualmente de abajo arriba.

Pasando desde el trabajo con voluntarios de forma informal hasta el trabajo con profesionales dentro de una estructura formal, Verhagen ve actualmente un papel especial para las instituciones de promoción de la auto-ayuda, los grupos de base. Algunas de las tareas principales que deberían asumir las instituciones de promoción de la auto-ayuda son:

- Ofrecer formación, acceso a la información y las instalaciones existentes.
- Asesorar sobre cuestiones de gestión, financieras y administrativas.
- Ayudar a las OAA a establecer relaciones con otras OAA ("creación de redes").
- Cooperar en la producción de materiales informativos.

- Contribuir a generar recursos financieros y de otro tipo.
- Apoyar las actividades de investigación, control y auto-evaluación de carácter participativo.
- Estrechar los lazos entre las OAA gubernamentales o "mayores" y los grupos locales.

Las instituciones de promoción de la autoayuda, que según Verhagen no deberían contar teóricamente con más de entre 20 y 30 empleados, podrían establecer también alianzas con otras instituciones similares y crear así un movimiento o estructura con responsabilidades regionales o nacionales más amplias. Esa red de organizaciones intermediarias que se ampliaría horizontal o verticalmente, podría establecer contactos de trabajo con el Gobierno central a diversos niveles.

Existen pruebas estimulantes de que estructuras de grandes dimensiones y estrechamente relacionadas entre sí pueden seguir mostrándose dinámicas y sensibles a las necesidades tanto de las personas individuales como de las familias. Un estudio sobre tres grandes OAA del sur de Asia menciona toda una serie de condiciones que deberían cumplirse si no se desea que esas grandes OAA se conviertan en burocracias. Debería haber un elevado grado de descentralización, de planificación centralizada y de presencia de un sistema de control y evaluación (Beets, Neggers & Wils, 1988).

Un buen ejemplo de esa organización "paraguas" con raíces en un plan de desa-

rollo comunitario lo constituye el ACEP francés, que actúa como fuente de apoyo para guarderías propiedad de la comunidad de todo el país. Los primeros que pusieron en marcha esta organización fueron los padres, que sentían la necesidad de formación, apoyo y una "voz" para proclamar sus propias necesidades y poder negociar con las organizaciones del Estado. En un entorno totalmente distinto, la Organización de Asociaciones Rurales para el Progreso (OARP) de Zimbabue actúa como representación sólida y solvente de los grupos locales, y se fundó para ayudar a la población rural a "lograr un mayor control sobre su situación global". Aunque estimula la creación de grupos locales, es, al mismo tiempo, consciente de que no puede imponer sus propios programas o sus propios plazos de tiempo para los cambios. Es propiedad de sus miembros, y tiene que responder a sus deseos y necesidades (Fundación Bernard van Leer, 1991).

La aparición de nuevos profesionales

Las instituciones de promoción de la autoayuda son organismos a medio camino entre los grupos de base predominantemente informales y el sistema formal. Hablan ambos "lenguajes" y son capaces de sentirse cómodas en un mundo y otro. Es posible que sigan contando con voluntarios entre su personal, pero la mayoría de los que trabajan en ellas son asalariados, con una experiencia formalmente documentada; es decir, profesionales. En una situación ideal en la que los padres y líderes comunitarios que componen los grupos de apoyo local se consideren como iguales y especialistas por derecho propio, se tendría una imagen distinta de estos

profesionales. Muchas veces esos nuevos profesionales se exceden en sus esfuerzos por resolver los problemas de los pobres, formular soluciones, controlar y poner en práctica programas. De hecho, terminan anulando a los propios pobres. Siguiendo este modelo tradicional basado en la idea de ofrecer ayuda, tienden a arrebatarse la iniciativa a las familias, y con ella la confianza en sí mismas, la dignidad, la independencia y la capacidad de formular sus propias estrategias para hacer frente a la situación (véase Barker, 1987, y Gotlieb, 1985).

Por el contrario, los nuevos profesionales deberían capacitar, facilitar, abrir puertas, estimular, ofrecer formación o entrenamiento, contribuir al establecimiento de relaciones y retirarse discretamente cuando ya no se les necesite.

Una ilustración sumamente instructiva de este proceso es la que ofrece la obra de UNINORTE en Barranquilla, Colombia. Aquí, los llamados hogares comunales y hogares familiares se crearon originalmente con la ayuda de profesionales de la Universidad. En el momento actual, los padres lo gestionan totalmente por su cuenta. Se ha creado una asociación en la que participan los promotores, las madres y los miembros del personal de UNINORTE. Estos últimos participan todavía activamente en la construcción de puentes entre la asociación y los organismos gubernamentales, así como ofreciendo acceso a nuevas informaciones y métodos de entrenamiento.

Resulta, además, destacable que tanto los hogares comunales como los hogares fa-

miliares no sólo resultan más baratos que los servicios de guardería formales y atendidos por profesionales, sino también mejores (Chetley, 1990).

Este nuevo modelo de papel para los profesionales llega todavía más lejos en numerosos lugares: las organizaciones profesionales establecidas en prácticamente todas las regiones del mundo combaten la perspectiva de una clientela empobrecida. Los pretextos utilizados para hacerlo resultan bastante creíbles y, en general, se reducen a la declaración de que son los que mejor saben cómo funcionan las cosas y los guardianes de la calidad. No obstante, todos esos razonamientos se reducen en el fondo a que están en juego sus puestos de trabajo y su status de poder.

El Gobierno central: ¿qué papel debe desempeñar?

Higgins (1978) describe el ascenso y caída de dos ambiciosos programas anti-pobreza que atrajeron bastante atención a finales de los años sesenta y comienzos de los setenta. Se trata del Programa de Acción Comunitaria (PAC) —Programa Modelo para las Ciudades de Estados Unidos—, y el Área de Prioridad Educativa (APE) —Programa de Desarrollo Comunitario del Reino Unido—. A pesar de las elevadas expectativas depositadas en estos programas, se han reducido a nada y el estudio de Higgins revela todos los defectos clásicos inherentes a un programa de desarrollo centralizado, controlado y puesto en práctica por el Gobierno.

Analizando los fallos tanto del PAC como del APE, esta autora rechaza la llamada

"teoría conspirativa", que afirma que la "élite dominante" se pone de acuerdo para oponerse a cualquier cambio social que pudiera poner en peligro su posición. Su explicación plausible resulta mucho más prosaica y propone la teoría de "salir adelante como se pueda". Su opinión es la de que los gobiernos son simplemente incapaces de sacar adelante esos programas ambiciosos de innovación. La rotación del personal, el deseo de innovar y rechazar las ideas de los predecesores, la excesiva confianza en los informes científicos, la poca predisposición a aceptar la plena participación de la población objeto de los estudios, la posición ambivalente del personal dividido entre los intereses de las comunidades y los del Gobierno son sólo algunos de los "cuellos de botella" que esta autora enumera.

Los gobiernos carecen de medidas sociales que evolucionen de acuerdo con alguna pauta o modelo preestablecido. En lo fundamental se trata de un proceso de ajuste y búsqueda de soluciones de compromiso, una cuestión de "ir respondiendo a las situaciones según vayan surgiendo".

La más que demostrada incapacidad de un Gobierno fuertemente centralizado para ocuparse de que un cambio planificado de antemano llegue hasta el nivel de su aplicación o puesta en práctica, ha sido calculada a la perfección por Pressman y Wildawsky (1984). Estos autores se plantearon la probabilidad de que las ideas o planes salgan inalterados después de haber sido discutidos y analizados por otras personas. Conviene tener en cuenta que, antes de que los planes terminen convir-

tiéndose en acuerdos en firme, normalmente tienen que ser debatidos numerosas veces, sobre todo cuando el proceso comienza en la cumbre y tiene que ir descendiendo por todos los departamentos y subsecciones. Parece bastante normal que haya entre cincuenta y cien de esos escalones, o compuertas. En el momento actual, los autores consideran que el proceso normal de adopción de decisiones conlleva hasta 70 de esos pasos o compuertas. Dan, además, por sentado que el grado de acuerdo global en todos y cada uno de los puntos es muy elevado, de hasta el 95%. En ese caso, la probabilidad de supervivencia de la idea original a través de todo ese proceso será de sólo 3 de cada 1.000 casos. Si el acuerdo medio es más realista, de por ejemplo el 80%, las posibilidades de que un plan supere este proceso sin verse modificado sería de una entre cada diez millones.

No puede ni debe eliminarse el papel de los gobiernos y, con ellos, el sistema formal. No obstante, habrá que redefinir las necesidades que implica su posición. El mejor papel que pueden desempeñar los gobiernos será el de limitarse a aprobar (la formulación real de una serie de medidas políticas debería realizarse tras evacuar consultas con los organismos no gubernamentales) y el de reforzar las medidas políticas de asistencia y ayuda a los niños. La defensa de los niños, la adopción de medidas legislativas y la consiguiente adopción de medidas presupuestarias constituyen sus instrumentos más poderosos.

Otra tarea fundamental de los gobiernos es la de crear un espacio para que la inicia-

tiva pueda desarrollarse al margen del sistema formal. Con frecuencia, ese espacio tendrá que crearse retirándose discretamente y cediendo la autoridad a, por ejemplo, las instituciones de promoción de la auto-ayuda o las OAA. Algunas veces habrá que crear organismos intermedios. Los gobiernos deberían, además, poner sus recursos a disposición de los colaboradores o socios en potencia: podrá ofrecer experiencia técnica, instalaciones, formación y encargar investigaciones sobre temas relacionados con los niños. En cuanto al apoyo económico, y tras revisar toda una serie de programas sociales aplicados en América Latina, Annis & Hakim (1988) lo dejaron bien claro: *"La mejor forma de ayudar a los pobres consiste en dar dinero a las organizaciones creadas y controladas por ellos mismos"*.

Los gobiernos pueden hablar a los medios de comunicación, adoptar una función modelo y editar y distribuir toda una serie de materiales pertinentes. De hecho pueden garantizar a los niños el derecho a un "primer llamamiento", y fijar objetivos o metas para el país en su conjunto (Grant, 1990). Enfrentados a esta amplia gama de escala de acciones significativas, resulta difícil entender por qué se hace tan poco, o por qué hay tan pocos gobiernos que dispongan de datos fiables sobre los niños y los jóvenes. Lo menos que pueden hacer los gobiernos es asegurarse de que se dispone de informes regulares sobre el estado de los niños de la nación. Sin esos informes, difícilmente resultará posible adoptar unas medidas políticas y una programación acertadas.

Los estudios de Higgins, de Pressman y

Wildawsky (entre muchos otros) piden una descentralización de la adopción de decisiones a nivel gubernamental. La cesión de poderes a los gobiernos locales representa de hecho un importante alcance o mejora, pero cabe seguir preguntándose si eso es suficiente. Los defectos fundamentales propios del sistema formal siguen inalterados, y lo único que pasa es que operarán de acuerdo con una dimensión de escala. La frase: "Soy del Gobierno, he venido para ayudarle" sigue sin resultar demasiado creíble. Como ocurre con el Gobierno central, las autoridades locales deberían dejar la formulación, ejecución y control de los programas sociales a las OAA y las IPAA. Su papel, que tiene una importancia crucial, debería limitarse a facilitar las cosas, proporcionar los recursos necesarios y legislar. Tienen la responsabilidad de que los problemas y necesidades de los niños aparezcan de forma regular y en un lugar destacado de su programa de actuaciones.

Quizá el ejemplo más espectacular del cambiante papel de los gobiernos centrales es el que ofrece Nueva Zelanda. En lugar de poner en marcha todos los servicios desde el centro, siguiendo el modelo tradicional de arriba abajo, Nueva Zelanda adoptó recientemente la medida drástica de situar la responsabilidad de la oferta de servicios a nivel local, limitándose el gobierno local a fijar las directrices y a ejercer el papel de inspector o supervisor. En la práctica, eso podría significar que las comunidades locales podrían decir por sí mismas qué es lo que desean para sus niños, y solicitar al centro los fondos y recursos necesarios. Siempre que las peticiones encajen dentro de los parámetros

fijados, dicha estructura ofrece, al menos en teoría, una división clara entre la política y la práctica.

En el momento actual, el Ministerio de Educación de Venezuela y toda una serie de organismos no gubernamentales están participando en una serie de discusiones sobre la mejor forma de colaborar en el área de la acción social en beneficio de los niños. Lo normal es que el ministerio y las organizaciones no gubernamentales cuenten con sus programas propios e independientes, y que no vean con muy buenos ojos los programas del otro. El resultado es el de que la mayoría de las familias de las barriadas de chabolas de las grandes ciudades y de las áreas rurales aisladas continúen viviendo en condiciones de miseria.

Las organizaciones no gubernamentales y el ministerio han organizado talleres y seminarios en diversas partes del país, de forma que puedan contribuir tanto los grupos nacionales como los locales. Las reuniones se reparten a lo largo de todo el año, permitiendo una preparación y un seguimiento adecuados. Confían en que de todo ello surgirá una política coherente y planes concretos para acciones conjuntas. De momento, resulta difícil decir si lo conseguirán o no; las viejas costumbres y hábitos no se extinguen fácilmente, ni tampoco resulta sencillo renunciar con rapidez a los intereses creados.

Referencias

ANNIS, S., y P. Hakim (eds.), *Directamente a los pobres; el desarrollo de las organizaciones de base en*

América Latina, Boulder, Lynn & Rienner Publishers, 1988.

ACHTERHUIS, H., *De Markt van welzijn en geluk*, Amsterdam, Ambo, 1982.

ADELMAN, M.B.; M.R. PARKS, y T.L. ALBRECHT, "Más allá de unas relaciones estrechas: apoyo en los casos de lazos débiles", en *Communicating Social Support*, por T.L. Albrecht y M. B. Adelman (red.), Newbury Park, Sage Publications, 1987.

BARKER, W., *Asistencia y educación infantiles: el desafío*; ponencia ocasional núm. 1, Fundación Bernard van Leer, La Haya, 1987.

BEETS, N.; J. NEGGERS, y F. WILS, *Grandes y sin embargo hermosas: investigaciones sobre la eficiencia de tres grandes OAA del Sur de Asia*, Instituto de Estudios Sociales, La Haya, 1988.

FUNDACION BERNARD VAN LEER, *Programa actual*, Fundación Bernard van Leer, La Haya, 1991.

BRICKMAN, P., y otros, "Modelos de ayuda y de cómo hacer frente a las situaciones", en *American Psychologist*, vol. 37, núm. 4, 1982, págs. 368-384.

BRAZELTON, T.B., *Primeras intervenciones. ¿Qué significan?*, extraído de: *Teoría e Investigación en Pediatría Conductista*, tomo 1, directores de edición: H. E. Fitzgerald, B.M. Lester y M.W. Yogman Ples.

CHETLEY, A. *El poder de cambiar*, Fundación Bernard van Leer, La Haya, 1991.

CHAMBERS, R., *Desarrollo rural: los últimos serán los primeros*, Londres, Longman, 1988.

CYTRYNBAUM, P., "Tranquilizar a niños asustados: los niños solitarios a los que los padres dejan la llave de casa", en artículo publicado en el *Chicago Sunday Times*, 30 de junio de 1987.

ESMAN, M., y N. UPHOFF, *Organizaciones locales: intermediarias en el desarrollo rural*, Cornell NY, Cornell University Press, 1988.

GARFIELD, E., *Dar el pecho es lo mejor*, Parte I, "Ventajas de la leche materna". Parte II, "Factores que afectan a la alimentación materna en todo el mundo", observaciones y comentarios actuales, 19 y 20 de mayo de 1986.

GAMBLE, T.J., y E. ZIGLER, *Repercusiones de las guarderías infantiles: nuevo repaso a las pruebas o evidencias disponibles*. *American Journal of Ortho-Psychiatry* 56 (1) enero 1986, págs. 26-42.

GOTTLIEB, B. H., "Combinar los recursos de legos y profesionales para promover el bienestar humano: perspectivas y tensiones", en la obra *Apoyar las redes de una comunidad asistencial: investigaciones y medidas políticas, hechos y ficciones*, por J.A. Yoder (redactor), Marthinus Nijhoff Publishers, Dordrecht, 1985.

GRANT, J. P., *Informe sobre la actual situación de los niños del mundo*, Nueva York, UNICEF, 1989.

HIGGINS, J., *El trabajo de ser padres*, Gran Bretaña y Estados Unidos, Oxford, Basil Blackwell, 1978.

KHULLAR, M., *Estudios sobre el terreno en la India*, La Haya, Fundación Bernard van Leer, 1991.

KOOL, F.P.C., *Mejorar la asistencia a los jóvenes: ponencia... slowak*. Seminario celebrado en los Países Bajos sobre Asistencia a los Jóvenes, Universidad Comenius, Bratislava, 14 de no-

viembre de 1991.

LEWIS, O., *La cultura de la pobreza*, Barcelona, Editorial Anagrama, 1966 (b).

LURIE, A., *No contar a los mayores*, *Literatura infantil subversiva*, Londres, Bloomsburg, 1990.

OSBORN, A.F., y J.E., MILBRANK, *Efectos de la educación infantil -informe del estudio sobre salud y educación infantiles*, Oxford, Clarendoss Press, 1987.

VAN OUDENHOVEN, N.J.A., *Los niños en situaciones de riesgo y la respuesta comunitaria*, París, UNESCO, 1989.

PRESSMAN, J.L., y A. WILDAVSKY, *Cómo las grandes expectativas suscitadas en Washington se derrumban en Oakland: es por qué es sorprendente que los Programas Federales funcionen en absoluto. Se trata de la saga de las Administraciones de Desarrollo Económico contada por dos observadores favorables, que les afirmaron construir su moral sobre la base de y unas esperanzas arruinadas*, Universidad de Berkeley de California Press, 1984.

RICHTER, L, *Niños desgraciados: el reto o desafío a la teoría y la práctica psicológicas*. Conferencia inaugural, Universidad de Sudáfrica, Pretoria, 15 de marzo de 1990.

VERHAGEN, K., *Promoción de la ayuda-ayuda: un reto o desafío para la comunidad de organizaciones no gubernamentales*, Oegstgeet, Cebemo, 1987.

WEISS, H.B., "La educación y el apoyo familiar en los programas infantiles", en la obra *Situación actual de los programas de apoyo a la familia*, de S.L. Kagan y otros (redactores), New Haven CT., Yale University Press, 1989.